

Leonardo Sciascia

EL DÍA DE LA LECHUZA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LEONARDO SCIASCIA
EL DÍA DE LA LECHUZA

Traducción de Juan Ramón Azaola

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Il giorno della civetta*

- 1.ª edición: junio de 2008
- 2.ª edición: mayo de 2015
- 3.ª edición: junio de 2019
- 1.ª edición en esta presentación: enero de 2022

© Leonardo Sciascia Estate. Todos los derechos reservados. Publicado en Italia por Adelphi Edizioni, Milán
Derechos negociados a través de Italian Literary Agency y Ute Körner Literary Agent

© de la traducción: Juan Ramón Azaola Rodríguez-Espina, 2008
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores - Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-061-4
Depósito legal: B. 266-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

El día de la lechuza.....	11
Nota	149
Apéndice.....	151

El autobús estaba a punto de arrancar, retumbaba sordamente entre repentinos carraspeos y sollozos. La plaza estaba silenciosa en el gris del alba, hilachas de niebla entre los campanarios de la Matrice: solo el retumbar del autobús y la voz, implorante e irónica, del vendedor de tortas, «tortas calientes, tortas». El cobrador cerró la puerta, el autobús arrancó con un fragor de chatarra. En el último vistazo que echó a la plaza, el cobrador captó al hombre vestido de oscuro que llegaba corriendo; el cobrador le dijo al conductor: «Un momento», y abrió la puerta con el autobús todavía en marcha. Se oyeron dos disparos desgarrados: el hombre vestido de oscuro, en el instante en que iba a saltar al estribo, quedó suspendido durante unos segundos, como si una mano invisible le tirase del pelo; se le cayó la cartera de la mano y, lentamente, sobre la cartera se desplomó.

El cobrador blasfemó; se le había vuelto la cara del color del azufre, temblaba. El vendedor de tortas, que

estaba a tres metros del hombre que había caído, comenzó a alejarse, moviéndose como un cangrejo, hacia la puerta de la iglesia. En el autobús nadie se movió, el conductor estaba como petrificado, la mano derecha sobre la palanca del freno y la izquierda sobre el volante. El cobrador observó todas aquellas caras que parecían caras de ciegos, sin mirada; dijo: «Le han matado», se quitó la gorra y empezó a pasarse frenéticamente la mano por el pelo; volvió a blasfemar.

—Los carabineros —dijo el conductor—, hay que llamar a los carabineros. —Se levantó y abrió la otra puerta.

—Ya voy yo —le dijo al cobrador.

El cobrador miraba al muerto y después a los viajeros. Había también mujeres en el autobús, viejas que todas las mañanas cargaban sacos de tela blanca, pesadísimos, y cestas llenas de huevos; sus ropas desprendían olor a alholva, a estiércol, a leña quemada; acostumbraban a lamentarse y a imprecicar, y ahora permanecían en silencio, los rostros como desenterrados de un silencio de siglos.

—¿Quién es? —preguntó el cobrador señalando al muerto.

Nadie respondió. El cobrador blasfemó, era un blasfemo famoso entre los viajeros de aquella línea, blasfemaba con inspiración; ya le habían amenazado con el despido, pues era tal su afición a la blasfemia que ni hacía caso de la presencia de curas y monjas en el autobús. Era de la provincia de Siracusa, en ma-

teria de asesinatos tenía poca experiencia: una estúpida provincia, la de Siracusa; por eso blasfemaba con más saña que de costumbre.

Llegaron los carabineros, negra la barba y negro de sueño el brigada. La aparición de los carabineros resonó como una alarma en el letargo de los viajeros y, detrás del cobrador, por la otra puerta que el conductor había dejado abierta, comenzaron a bajar. Con aparente indolencia, dándose la vuelta como si buscaran la distancia adecuada para admirar los campanarios, se iban alejando hacia los bordes de la plaza y, después de una última mirada, se escabullían. El brigada y los carabineros no prestaban atención a aquella lenta fuga dispersa. Alrededor del muerto había ahora unas cincuenta personas, los obreros de un taller-escuela, a quienes les parecía mentira haber encontrado un argumento tan bueno con el que arrastrar el ocio durante ocho horas. El brigada ordenó a los carabineros que despejaran la plaza y que hicieran volver al autobús a los viajeros; y los carabineros empezaron a empujar a los curiosos hacia las calles que daban a la plaza; empujaban y pedían a los viajeros que fueran a ocupar sus asientos en el autobús. Cuando la plaza se quedó vacía, vacío quedó también el autobús; solo el conductor y el cobrador estaban en él.

—¿Acaso hoy no viajaba nadie? —preguntó el brigada al conductor.

—Alguien había —contestó el conductor con expresión desmemoriada.

—Alguien —dijo el brigada— quiere decir cuatro, cinco, seis personas, y yo nunca he visto que este autobús saliera con un solo asiento vacío.

—No sé —dijo el conductor, estrujándose la mente en su esfuerzo por recordar—, no sé. Digo alguien por decir; claro que no eran cinco o seis, eran más, puede que el autobús estuviera lleno... Yo no miro nunca la gente que hay: me siento en mi sitio y adelante... Solo miro a la carretera, me pagan por mirar a la carretera.

El brigada se pasó por el rostro una mano tensa por los nervios.

—Entendido —dijo—, tú solamente miras a la carretera; pero tú —y se volvió enfurecido hacia el cobrador—, tú cortas los billetes, coges el dinero, das el cambio, cuentas las personas y las miras a la cara... Y si no quieres que te obligue a recordarlo en el calabozo, me vas a decir ahora mismo quién iba en el autobús, por lo menos me vas a decir diez nombres... Hace tres años que estás en esta línea, desde hace tres años te veo todas las tardes en el café Italia: conoces el pueblo mejor que yo...

—Mejor que usted nadie puede conocer el pueblo... —dijo sonriendo el cobrador, como protegiéndose con un cumplido.

—Está bien —dijo el brigada sonriendo con malicia—, primero yo y después tú, está bien... Pero yo no estaba en el autobús, porque me acordaría de cada uno de los viajeros que había; así que te toca a ti, por lo menos a diez me los tienes que nombrar.

—No me acuerdo —dijo el cobrador—, por el alma de mi madre que no me acuerdo; en este momento no me acuerdo de nada, me parece que estoy soñando.

—Pues ya te despierto yo, vaya si te despierto —se enfureció el brigada—, con un par de años en el calabozo verás cómo te despierto... —Pero se interrumpió para ir al encuentro del juez municipal, que llegaba en ese instante.

Y mientras informaba al juez sobre la identidad del muerto y sobre la huida de los viajeros, mirando al autobús tuvo la sensación de que algo estaba descolocado o de que faltaba: como cuando una cosa de pronto se echa de menos entre nuestros hábitos, algo que, por el uso o por la costumbre, se detiene en nuestros sentidos y deja de llegar a la mente, pero cuya ausencia genera un pequeño hueco de extravío, como una intermitencia de luz que nos exaspera; hasta que la cosa que buscamos de pronto vuelve a cuajar en la mente.

—Falta algo —dijo el brigada al carabinero Sposito, quien, con su diploma de contable, era la columna principal del cuartel de los carabineros de S.—. Falta algo, o alguien...

—El vendedor de tortas —dijo el carabinero Sposito.

—¡Santo cielo, el vendedor de tortas! —exclamó exultante el brigada, y pensó que en las escuelas patrias «no se lo dan al primero que llega, el diploma de contable».

Enviaron a un carabinero a la carrera para atrapar al vendedor de tortas; sabía dónde encontrarlo, pues

tras la salida del primer autobús solía ir a vender sus tortas calientes al atrio de las escuelas elementales. Diez minutos después, el brigada tenía ante sí al vendedor de tortas: el rostro de un hombre sorprendido en su sueño más inocente.

—¿Estaba él? —preguntó el brigada al cobrador, señalando al vendedor de tortas.

—Estaba —respondió el cobrador, mirándose un zapato.

—Por lo tanto —dijo con paternal dulzura el brigada—, esta mañana tú, como de costumbre, has venido aquí a vender tortas; con el primer autobús de Palermo, como de costumbre...

—Tengo licencia —dijo el vendedor.

—Lo sé —asintió el brigada elevando al cielo unos ojos que imploraban paciencia—, lo sé y no me importa nada tu licencia; quiero saber una sola cosa, me la dices y te dejo ir a vender tus tortas a los niños: ¿quién ha disparado?

—Entonces... —contestó el vendedor de tortas, estupefacto y lleno de curiosidad—, ¿es que han disparado?

—Sí, a las seis y media; desde la esquina de Via Cavour, dos disparos de *lupara*,* quizás del calibre doce,

* La *lupara* es la escopeta característica de la delincuencia siciliana, originalmente utilizada por los campesinos para enfrentarse al lobo, *lupo*. (N. del T.)

o puede que de una escopeta con cañones recortados... De los que estaban en el autobús ninguno ha visto nada: un trabajo de chinos saber quién estaba en el autobús, cuando he llegado ya se habían escabullido... Uno que vende tortas se acordó (aunque dos horas después) de haber visto en la esquina de Via Cavour con la plaza Garibaldi algo parecido a un saco de carbón apoyado en el cantón de la iglesia, y que de ese saco de carbón han salido dos fogonazos, eso dice; ha hecho una promesa a santa Fara de un costal de garbanzos, pues de milagro no le han llenado de plomo, eso dice, de tan cerca como estaba del blanco... El cobrador no había visto ni siquiera el saco de carbón... Los viajeros, los que estaban sentados en el lado derecho, dicen que los cristales de las ventanillas parecían esmerilados de tan empañados, y a lo mejor es verdad... Sí, presidente de una empresa de la construcción, una pequeña cooperativa, al parecer no habían conseguido nunca contratas por un importe superior a veinte millones, pequeñas parcelas de casas populares, alcantarillados, carreteras comarcales... Salvatore Colasberna, Co-las-ber-na; trabajaba de albañil, hace diez años montó la cooperativa con dos hermanos suyos y otros cuatro o cinco albañiles del pueblo; dirigía los trabajos, aunque como director figuraba un aparejador, y llevaba la administración... Iban tirando: se contentaban, él y los socios, con una pequeña ganancia, como si trabajasen de asalariados... No, no parece que hicieran construcciones de las que se des-

hacen con las primeras lluvias... He visto una casa de labranza, recién edificada, venirse al suelo como una caja de cartón porque una vaca se había restregado contra ella... No, la había construido la empresa Smiroldo, una gran empresa de construcción: una casa de labranza derribada por una vaca... Me dicen que Colasberna hacía cosas sólidas; y la verdad es que aquí está la Via Madonna di Fatima, hecha por su cooperativa, que con todos los coches que pasan por ella no se ha hundido ni un centímetro; y hay otras calles, que han hecho empresas más grandes, que después de un año parecen jorobas de camello... Tenía antecedentes penales, sí: en mil novecientos cuarenta..., aquí está, cuarenta, tres de noviembre del cuarenta..., viajaba en autobús, se ve que con los autobuses estaba gafado..., y se hablaba de la guerra en la que nos habíamos metido en Grecia; uno dijo: «Dentro de quince días nos la chuparemos», quería decir a Grecia; y Colasberna va y dice: «¿Pues qué, es un huevo?». En el autobús había un *milite*:* le denunció... ¿Cómo?... Perdone, usted me ha preguntado si tenía antecedentes penales, yo con los papeles en la mano le digo: los tenía... Está bien, no tenía antecedentes penales... ¿Fascista, yo? Pero si yo cuando veo el *fascio* hago algún conjuro... Sí, señor, a sus órdenes. —Colgó el teléfono.

* Miliciano, perteneciente a la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale, una organización paramilitar fascista. (*N. del T.*)

no con exasperada delicadeza y se pasó el pañuelo por la frente—. Este ha sido partisano —dijo—; ya solo me faltaba que me tocase uno que ha sido partisano.

Los dos hermanos Colasberna y los otros socios de la cooperativa de construcción Santa Fara esperaban la llegada del capitán: estaban sentados en fila, vestidos de negro, y los dos hermanos con negros pañuelos esponjosos, las barbas sin afeitar, los ojos enrojecidos. Esperaban en una sala del cuartel de los carabineros de S., inmóviles, con los ojos fijos en una diana de colores pintada en la pared y en el cartel que decía: LUGAR PARA DESCARGAR LAS ARMAS. Se morían de vergüenza por el sitio en el que se encontraban y por la espera. La muerte no es nada comparada con la vergüenza.

Alejada de ellos, sentada en el borde de una silla, había una joven; había llegado después, quería hablar con el brigada, eso le había dicho al guardia de la entrada. El guardia de la entrada le dijo que el brigada estaba ocupado, que iba a llegar el capitán, y que estaría ocupado; ella dijo: «Esperaré», y se sentó en el borde de la silla, y le ponía a uno nervioso mirarle las manos de tanto como las movía. La conocían de vista, era la mujer de un podador que no era del pueblo: el hombre había venido después de la guerra desde el vecino pueblo de B. para establecerse en S., donde se había casado y, entre la dote de la mujer y el trabajo,

se le consideraba, en el pueblo pobre, un acomodado. Los socios de la cooperativa Santa Fara pensaban: «Se habrá peleado con el marido y viene a dar parte», y era el único pensamiento con el que se distraían de la vergüenza que sentían.

Se oyó un automóvil que llegaba al patio y apagaba el motor, después una serie de taconazos a lo largo del pasillo, y el capitán entró en la sala donde esperaban los hombres mientras el brigada abría la puerta de su despacho y al saludar se erguía con la cabeza tan alta que parecía que quisiera escrutar el techo.

El capitán era joven, alto y de tez clara; en cuanto pronunció sus primeras palabras, los socios de la Santa Fara pensaron: «Continental», con alivio y desprecio al mismo tiempo; los continentales son atentos pero no entienden nada.

Se sentaron de nuevo en fila delante del escritorio, en el despacho del brigada: el capitán se acomodó en la silla de brazos del brigada, el brigada se quedó de pie, y a un lado, ante la máquina de escribir, se sentó el carabinero Sposito. Tenía un rostro infantil, el carabinero Sposito, pero los hermanos Colasberna y sus socios sintieron ante su presencia una mortal inquietud, el terror de la despiadada inquisición, de la negra simiente de la escritura. «*Campiña blanca, simiente negra: el hombre que la hace siempre la piensa*», dice la adivinanza de la escritura.

El capitán dijo unas palabras de condolencia y se

excusó por haberlos convocado en el cuartel y por su retraso. Volvieron a pensar: «Continental; qué educados son los continentales», pero no perdían de vista al carabiniere Sposito, que, con los dedos levemente apoyados sobre las teclas de la máquina, estaba quieto y atento como el cazador que espera a la liebre en el claro de luna con el dedo en el gatillo.

—Es curioso —dijo el capitán, como si continuase un discurso interrumpido— cómo se desahogan en esta tierra con cartas anónimas: nadie habla, pero, para nuestra suerte, quiero decir la nuestra, la de los carabineros, todos escriben. Se olvidan de firmar, pero escriben. Con cada homicidio, con cada hurto, llega a mi mesa una decena de cartas anónimas; incluso me escriben a propósito de querellas familiares y de quiebras fraudulentas; y de los amores de los carabineros... —Sonrió al brigada quizás aludiendo, pensaron los socios de la Santa Fara, al hecho de que el carabiniere Savarino se acostaba con la hija del estanquero Palizolo: todo el pueblo lo sabía, por lo que se preveía un próximo traslado de Savarino—. Sobre el caso Colasberna —continuó el capitán— he recibido ya cinco cartas anónimas; para un suceso ocurrido anteayer es un buen número; y llegarán más... «Colasberna fue asesinado por celos», dice un anónimo, y pone el nombre del marido celoso...

—Cosas de locos —dijo Giuseppe Colasberna.

—Es lo que yo digo —dijo el capitán, y después continuó—: Le han matado por error, según otro:

porque se parecía a un tal Perricone, individuo que, en opinión del informador anónimo, pronto recibirá el plomo que le corresponde.

Los socios se consultaron con una rápida mirada.

—Puede ser —dijo Giuseppe Colasberna.

—No puede ser —dijo el capitán—, porque al Perricone del que habla la carta le concedieron el pasaporte hace quince días y en estos momentos se encuentra en Lieja, en Bélgica; quizás vosotros no lo sabíais, y desde luego no lo sabía el autor de la carta anónima, pero a alguien que hubiese tenido la intención de deshacerse de él ese dato no se le podía escapar... No os diré qué otras informaciones nos dan, todavía más insensatas que estas; pero hay una que os ruego que examinéis bien, porque en mi opinión nos ofrece la pista buena... Vuestro trabajo, la competencia, las contratas: ahí es por donde hay que buscar.

Otra rápida mirada de consulta.

—No puede ser —dijo Giuseppe Colasberna.

—Sí que puede ser —dijo el capitán—, y os diré por qué y cómo. Aparte de vuestro caso, tengo mucha información fidedigna sobre el asunto de las contratas; solamente información, por desgracia, pues si tuviese pruebas... Supongamos que en esta zona, en esta provincia, operan diez empresas concursantes: cada una tiene sus máquinas, sus materiales; y todo eso de noche se queda por las carreteras o junto a las obras en construcción; y las máquinas son cosas delicadas, basta con quitarles una pieza, a lo mejor un solo tornillo,

y luego se necesitan horas o días para que vuelvan a funcionar; y los materiales, gasóleo, alquitrán, armazones, es fácil hacerlos desaparecer o quemarlos allí mismo. Es verdad que junto al material y las máquinas a menudo hay una caseta con un obrero o dos que duermen en ella; pero los obreros, precisamente, duermen; y, por el contrario, hay gente, ya me entendéis, que nunca duerme. ¿No es natural contar con esa gente que no duerme para tener protección? Tanto más cuanto que esa protección os ha sido ofrecida de entrada; y que si cometéis la imprudencia de rechazarla, sucede algo que os convence de que la aceptéis... Claro que hay tipos testarudos: los que dicen que no, que no la quieren, que ni siquiera con el cuchillo en la garganta se avendrían a aceptarla. Vosotros, por lo que parece, sois de los testarudos; o solamente Salvatore lo era...

—De esas cosas no sabemos nada —dijo Giuseppe Colasberna; los demás, con el espanto reflejado en sus caras, asintieron.

—Puede ser —dijo el capitán—, puede ser... Pero aún no he terminado. Así que hay diez empresas, y nueve aceptan o piden protección. Pero se trataría de una asociación un tanto mísera, ya me entendéis de qué asociación hablo, si debiera limitarse solamente al cumplimiento y a las ganancias de lo que llamáis *guardiania*: la protección que ofrece la asociación es mucho más amplia. Obtiene para vosotros, para las empresas que aceptan protección y reglamentación,

las contratas de licitación privada; os da valiosas informaciones para concursar en las de pública subasta; os ayuda en el momento del examen pericial; hace que se porten bien los trabajadores... Se entiende que si nueve empresas han aceptado protección formando una especie de consorcio, la décima, que la rechaza, es una oveja negra; no es que llegue a molestar mucho, es verdad, pero el hecho mismo de que exista es ya un desafío y un mal ejemplo. Y entonces es preciso, por las buenas o por las malas, obligarla a entrar en el juego; o a que salga del juego para siempre, aniquilándola...

Giuseppe Colasberna dijo: «Esas cosas no las he oído nunca», y el hermano y los socios gesticularon en señal de aprobación.

—Supongamos —continuó el capitán como si no hubiera oído nada— que vuestra cooperativa, la Santa Fara, sea la oveja negra de la zona: la que no quiere entrar en el juego, la que hace honradamente sus cuentas a cada convocatoria de contrata y se presenta a concursar sin protecciones, y que a veces, sobre todo con el sistema de máximo y mínimo, consigue hacer la oferta buena, precisamente porque ha hecho honradamente las cuentas... Una persona de respeto, como decís vosotros, viene un día a echarle cierto discurso a Salvatore Colasberna, un discurso que dice y no dice, alusivo, indescifrable como el reverso de un bordado: una maraña de hilos y de nudos, aunque por el otro lado se ven las figuras... Colasberna no quiere, o

no sabe, mirar el reverso de ese discurso y el hombre de respeto se ofende. La asociación pasa a la acción: una primera advertencia, una bala que os pasa rozando, ya de noche, hacia las once, al volver a casa...

Los socios de la Santa Fara evitaban la mirada del capitán; se observaban las manos y luego alzaban los ojos hacia el retrato del comandante del Arma, hacia el del presidente de la República, hacia el crucifijo. Tras una larga pausa, el capitán percutió en el centro de su aprensión.

—Me parece que algo por el estilo le sucedió a vuestro hermano —dijo—, hace seis meses, cuando volvía a casa, hacia las once... ¿No es cierto?

—Yo no lo sabía —farfulló Giuseppe.

—No quieren hablar —intervino el brigada—, aunque los quiten de en medio a uno tras otro, no hablan: se contentan con dejarse matar...

El capitán le interrumpió con un gesto y le dijo:

—Escucha, hay ahí una mujer que espera...

—Voy enseguida —dijo el brigada, algo molesto.

—No tengo nada más que deciros —concluyó el capitán—, yo ya os he dicho mucho y vosotros parece que no tenéis nada que decirme. Antes de iros, me gustaría que cada uno de vosotros escribiese en esta hoja su nombre y apellido, el lugar y fecha de nacimiento, la dirección...

—Yo escribo lento —dijo Giuseppe Colasberna.

Los otros dijeron que también ellos escribían despacio y con dificultad.

—No importa —dijo el capitán—, tenemos tiempo.

Encendió un cigarrillo y siguió con atención el esfuerzo de los socios de la Santa Fara ante el folio: escribían como si la pluma pesase como una perforadora eléctrica, una perforadora que vibraba debido a la incertidumbre y el temblor de sus manos. Cuando terminaron, llamó al guardia de la entrada, que entró junto con el brigada.

—Acompaña a los señores —ordenó el capitán.

«Cristo, modales sí que sabe», pensaron los socios. Y tanto por la satisfacción de haber salido casi airosos del trance (el *casi* quedaba prendido de aquellas pruebas de su letra que el capitán les había pedido) como por haber sido llamados «señores» por un oficial de carabineros, salieron olvidándose del luto que llevaban, con ganas de correr como muchachos a la salida de la escuela.

Entretanto, el capitán estaba comparando la letra de sus escritos con la de la carta anónima. Estaba convencido de que uno de ellos había escrito la carta, y a pesar de la forzada inclinación y la deformidad de la caligrafía, no era necesario recurrir a un perito para constatar, al compararla con los datos que había escrito en la hoja, que se trataba de Giuseppe Colasberna. Por lo tanto, la indicación suministrada por la carta anónima era creíble, fidedigna.

El brigada no entendía por qué el capitán se aplicaba al estudio de aquellas letras.

—Es como exprimir una piedra, no sale nada

—dijo, aludiendo a los hermanos Colasberna y a sus socios, y a todo el pueblo, y a Sicilia entera.

—Siempre se saca algo —dijo el capitán.

«Contento tú, contentos todos», pensó el brigada, quien en sus pensamientos se tomaba la libertad de tutear incluso al general Lombardi.*

—¿Y la mujer? —preguntó el capitán, ya dispuesto a irse.

—El marido —dijo el brigada— se fue al campo anteayer, a podar, y todavía no ha regresado... Se quedaría a compartir mesa en alguna finca, un cordero jugoso y vino; y se habrá echado a dormir en un pajar, borracho perdido... Esta noche vuelve, me apuesto la cabeza.

—Anteayer... Yo, si estuviera en tu lugar, me pondría a buscarlo —dijo el capitán.

—Sí, señor —dijo el brigada.

—No me gusta —dijo el hombre vestido de negro; tenía una cara como la de alguien con dentera tras haber comido ciruelas verdes, tostada por el sol y que expresaba una misteriosa inteligencia, pero sin abandonar aquella mueca de disgusto—, la verdad es que no me gusta nada.

* Se refiere a Luigi Lombardi, comandante general del Arma de Carabineros entre octubre de 1958 y de febrero de 1961. (*N. del T.*)

—Pero tampoco el otro, el que estaba antes, te gustaba: ¿es que vamos a tener que cambiarlos cada quince días? —dijo sonriendo el hombre rubio y elegante sentado a su lado; también él era siciliano, y solamente se distinguía del otro por su hechura y sus modales.

Estaban en un café de Roma: una sala enteramente de color rosa y silenciosa, con espejos, lámparas como grandes ramos de flores; en el guardarropa, una mujer morena y hermosa a la que mondar como a una fruta su delantal negro: «Mejor que quitárselo, descosérselo puesto», pensaban el hombre moreno y el hombre rubio.

—Aquel no me gustaba por la historia de la licencia de armas —dijo el hombre moreno.

—Y antes del de la licencia de armas había otro que no te gustaba por la historia del confinamiento.

—¿Acaso el confinamiento le parece una menudencia?

—No es poca cosa, lo sé; pero por un motivo o por otro nunca hay uno que te vaya bien.

—Pero ahora el caso es distinto: que semejante hombre esté en nuestra tierra debería fastidiarle más a usted que a mí... Ha sido partisano; con la plaga de comunistas que tenemos, envían a uno que ha sido partisano; no me extraña que nuestras cosas acaben por irse al traste...

—Pero ¿te consta que protege a los comunistas?

—Le cuento solo una cosa. Ya sabe usted cómo marchan las azufreras hoy en día; maldigo la hora en

que me asocié con Scarantino, en la azufrera que usted sabe; nos estamos arruinando, toda mi sangre, el poco capital que tenía, se lo está comiendo esa mina de azufre...

—Así que estás arruinado... —dijo el hombre rubio, incrédulo e irónico.

—Si no estoy completamente arruinado se lo debo a usted; y al gobierno, que, a decir verdad, se preocupa por la crisis del azufre...

—Se preocupa tanto que con el dinero que pone podría pagar el salario a los trabajadores, cabal y regularmente, sin hacerles bajar a la mina; y quizás fuera mejor...

—Las cosas van mal, por tanto. Y se entiende que van mal para todos; porque el pato no tengo que pagarlo solo yo, también los trabajadores deben pagar su parte... Y desde hace dos semanas no cobran su salario...

—Desde hace tres meses —corrigió el otro, sonriendo.

—No lo recuerdo con precisión... Y, claro, me vienen a protestar: pitadas delante de mi casa, palabrotas que no quiero repetir; es para matarles... Entonces voy a verle a él y ¿sabe lo que me dice? «¿Ha comido usted hoy?» «He comido», le digo. «Y también ayer», dice él. «También ayer», digo yo. «Y su familia no pasa hambre, ¿no es verdad?», me pregunta. «Gracias a Dios», digo, «no la pasa.» «Y esos que han ido a montar bronca delante de su casa, ¿han comido hoy?» Le iba a decir: «¿Y a mí qué puñeta me importa si han

comido o no han comido?», pero, por educación, le contesto: «No lo sé». Él me dice: «Debería informarse». Yo digo: «He venido a verle porque están delante de mi casa y me amenazan; mi mujer y mis hijas ni siquiera pueden salir para ir a misa». «¡Oh!», dice, «haremos que puedan ir a misa, estamos aquí para eso... Usted no paga a los obreros y nosotros hacemos que puedan ir a misa su mujer y sus hijas», con una cara que, se lo juro, y usted ya sabe cómo me enciendo, hizo que me saliera un sarpullido en las manos...

—Ah, ah, ah —soltó *in crescendo* el hombre rubio, en un tono que reprobaba la tentación de la violencia y al mismo tiempo recomendaba prudencia.

—Ahora mis nervios son fuertes como los cables de una grúa; ya no soy el mismo de hace treinta años. Pero, digo: ¿se ha oído alguna vez a un esbirro hablar así a un hombre de bien? Es un comunista, solo los comunistas hablan así.

—Por desgracia, no solamente los comunistas, también en nuestro partido los hay que hablan así... Si supieses la batalla que debemos librar día tras día, hora tras hora...

—Lo sé, pero yo lo tengo claro: también ellos son comunistas.

—No son comunistas —dijo el hombre rubio, melancólicamente absorto.

—Si no son comunistas, bastaría con que el Papa dijera lo que tiene que decir, pero que lo diga claro y fuerte, y se quedarán tiesos.

—No es tan sencillo... Pero olvídalo, volvamos a nuestras cosas. ¿Cómo se llama ese... comunista?

—Bellodi, me parece; está al mando de la compañía de C., lleva allí tres meses y ya se ha hecho notar... Ahora está metiendo la nariz en las contratas, hasta el comendador Zarcone cuenta con usted, me ha dicho: «Tenemos la esperanza de que el *onorevole* le haga volver a comer polenta».

—El querido Zarcone —dijo el diputado—. ¿Cómo está?

—Podría estar mejor —dijo el hombre moreno, reticente.

—Le haremos estar mejor —prometió el diputado.

El capitán Bellodi, al mando de la compañía de carabineros de C., tenía ante sí al confidente de S. Lo había hecho llamar, con las precauciones de costumbre, para saber qué pensaba del homicidio de Colasberna. Por lo general, cuando en el pueblo ocurría algo gordo, el confidente se presentaba espontáneamente, pero esta vez fue preciso llamarle. El hombre tenía antecedentes, había sido ladrón de ovejas en la inmediata posguerra y ahora, por lo que se sabía, solo ejercía de intermediario de préstamos usurarios; hacía de confidente un poco por vocación y un poco por la ilusión de tener así un privilegio de impunidad en su oficio; un oficio que, comparado con el robo a mano armada, consideraba honrado y juicioso, digno de un

padre de familia. Al hecho de haber robado en el pasado lo llamaba «error de juventud», ya que sin poner una lira de capital ahora discurría por sus manos el dinero de los demás, con lo que conseguía mantener a tres hijos y a la mujer; incluso ahorraba dinero para invertirlo el día de mañana en un pequeño negocio: colocarse detrás del mostrador de una tienda para medir telas era el sueño de toda su vida. Pero a aquel error de juventud, al hecho de haber estado en la cárcel, se debía el fácil y lucrativo oficio que ejercía: porque todos aquellos que le confiaban el dinero, hombres de bien fuera de toda sospecha, que amaban el orden social y las misas cantadas, contaban con su prestigio para que los deudores no fallasen en la puntualidad de los pagos ni en el secreto a mantener. Y de hecho, por el temor que el mediador sabía inculcar («He dejado la chaqueta en la cárcel de Ucciardone», solía decir en broma o en tono de amenaza, como dando a entender que si mataba a alguien podría volver a por ella; aunque la verdad era que pensar en la prisión le producía sudores de muerte), los deudores pagaban el ciento por ciento de la usura, y al vencimiento; y las pocas prórrogas les eran concedidas con un criterio progresivo que, por dar un ejemplo, a uno que con el préstamo recibido hubiera comprado un mulo, necesario para trabajar su parcela de tierra, al cabo de dos años el acreedor le quitaba el mulo y el terreno.

De no ser por el miedo, el confidente se habría

considerado un hombre feliz y, por espíritu y hacienda, hasta un hombre de bien. El miedo lo tenía dentro como un perro rabioso: gañía, jadeaba, babeaba, aullaba de pronto en sus sueños; y mordía, dentro mordía, en el hígado y en el corazón. Los médicos le habían examinado esos mordiscos en el hígado que continuamente le quemaban, y la repentina y dolorosa sacudida en el corazón, como la de un conejo vivo en la boca del perro, y le habían dado medicinas como para cubrir la superficie de la cómoda; pero no sabían nada, los médicos, de su miedo.

Estaba delante del capitán, dándole vueltas nerviosamente a la gorra con las manos, sentado un poco de lado para no mirarle a la cara; y, mientras, el perro mordía, gruñía y mordía. La tarde era gélida, y en el despacho del capitán una pequeña estufa eléctrica daba un halo de calor tan tenue que provocaba que pareciera aún más gélido el espacio de la gran habitación, casi vacía de muebles y pavimentada con aquellas antiguas baldosas valencianas que por el color del esmalte (y por el frío que hacía) parecían de hielo; pero el hombre sudaba, lo envolvía ya un frío sudario de muerte, frío sobre el ardiente boquete de la *lupara* que en su cuerpo se abría.

Desde el momento en que se enteró de la muerte de Colasberna, el confidente había diseñado su mentira; a cada detalle que añadía, a cada retoque, como un pintor que se aleja del cuadro para juzgar el efecto de una pincelada, decía «Perfecto: no falta nada», pero

de nuevo se acercaba a retocar y a añadir; y mientras el capitán hablaba, él seguía, febrilmente, retocando y añadiendo. Pero el capitán sabía, por todo un expediente relativo a Calogero Dibella, alias Parrinieddu, confidente, que el hombre, de las dos *cosche* de mafia del pueblo (*cosca*, le habían explicado, es la apretada corona de hojas de la alcachofa), era más cercano, si no pertenecía a ella, a la que tenía engranajes firmes, aunque no podían probarse, con las obras públicas; mientras que la otra *cosca*, más joven y medrosa, tenía que ver, al ser S. un pueblo costero, con el contrabando de cigarrillos americanos. Contaba de antemano, por tanto, con la mentira del confidente; aunque, de todos modos, sería útil, en esa mentira, observar sus reacciones.

Escuchaba sin interrumpirle, haciéndole sentirse aún más incómodo al asentir distraídamente de vez en cuando. Mientras tanto, pensaba en aquellos confidentes que quedaron, bajo una ligera capa de tierra y hojas secas, en las quebradas del Apenino; hombres miserables, fango del miedo y del vicio que, sin embargo, también jugaban su partida mortal; se jugaban la vida en el filo de la mentira entre partisanos y fascistas. Lo único de humano que tenían era aquella agonía en la que, por su propia vileza, se debatían; afrontaban la muerte cada día por el miedo a morir, y por fin la muerte les daba su hora, finalmente la muerte, última, definitiva, única muerte, no ya el doble juego, la doble muerte de cada hora.